

Domingo XXXI del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 – Homilía 31.VII.16 – Audiencia 18.VI.16**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Sant Quirze del Vallès, Barcelona, España)**

DEL MISAL MENSUAL

CORRIGES POCO A POCO

Sb 11,22-12,2; 2 Ts 1,11-2,2; Lc 19, 1-10

Dios, dice el autor del último de los libros del Antiguo Testamento, es amigo de la vida y por eso mismo ama no solo a las personas, sino a todos los vivientes que ha creado. Ninguno es descartable ni prescindible, todos forman parte de un entramado necesario para la vida. El Dios creador es también el conservador cuidadoso. Esta dinámica de ternura y cuidado está presente en el llamado del Señor Jesús hacia Zaqueo. Este hombre había aprendido a aprovecharse de su cargo público para despojar de sus bienes a los más débiles. No era un cínico y por eso pudo rehacer su vida cuando se topó con la noticia de la visita del Señor Jesús a Jericó. Zaqueo se inquietó ante la noticia de la cercanía de Jesús, desancló su camino egoísta y se dejó interpelar por el trato acogedor y amigable que le dispensó Jesús. No lo trató como un apestado. Eso fue suficiente para que iniciara un proceso de renovación profunda.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 37, 22-23

No me abandones, Señor, Dios mío, no te alejes de mí. Ven de prisa a socorrerme, Señor mío, mi salvador.

ORACIÓN COLECTA

Dios omnipotente y misericordioso, a cuya gracia se debe el que tus fieles puedan servirte digna y laudablemente, concédenos caminar sin tropiezos hacia los bienes que nos tienes prometidos. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Te compadeces de todos, porque tú amas todo cuanto existe.

Del libro de la Sabiduría: 11, 22-12, 2

Señor, delante de ti, el mundo entero es como un grano de arena en la balanza, como gota de rocío mañanero, que cae sobre la tierra.

Te compadeces de todos, y aunque puedes destruirlo todo, aparentas no ver los pecados de los hombres, para darles ocasión de arrepentirse. Porque tú amas todo cuanto existe y no aborreces nada de lo que has hecho; pues si hubieras aborrecido alguna cosa, no la habrías creado. ¿Y cómo podrían seguir existiendo las cosas, si tú no lo quisieras? ¿Cómo habría podido conservarse algo hasta ahora, si tú no lo hubieras llamado a la existencia?

Tú perdonas a todos, porque todos son tuyos, Señor, que amas la vida, porque tu espíritu inmortal, está en todos los seres.

Por eso a los que caen, los vas corrigiendo poco a poco, los reprendes y les traes a la memoria sus pecados, para que se arrepientan de sus maldades y crean en ti, Señor. **Palabra de Dios.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 144, 1-2. 8-9.10-11. 1.3ed-14

R/. Bendeciré al Señor eternamente.

Dios y rey mío, yo te alabaré, bendeciré tu nombre siempre y para siempre. Un día tras otro bendeciré tu nombre y no cesará mi boca de alabarte. **R/.**

El Señor es compasivo y misericordioso, lento para enojarse y generoso para perdonar. Bueno es el Señor para con todos y su amor se extiende a todas sus creaturas. **R/.**

Que te alaben, Señor, todas tus obras y que todos tus fieles te bendigan. Que proclamen la gloria de tu reino y narren tus proezas a los hombres. **R/.**

El Señor es siempre fiel a sus palabras y lleno de bondad en sus acciones. Da su apoyo el Señor al que tropieza y al agobiado alivia. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Nuestro Señor Jesucristo será glorificado en ustedes y ustedes en él.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 1, 11-2, 2

Hermanos: Oramos siempre por ustedes, para que Dios los haga dignos de la vocación a la que los ha llamado, y con su poder, lleve a efecto tanto los buenos propósitos que ustedes han formado, como lo que ya han emprendido por la fe. Así glorificarán a nuestro Señor Jesús y él los glorificará a ustedes, en la medida en que actúe en ustedes la gracia de nuestro Dios y de Jesucristo, el Señor.

Por lo que toca a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestro encuentro con él, les rogamos que no se dejen perturbar tan fácilmente. No se alarmen ni por supuestas revelaciones, ni por palabras o

cartas atribuidas a nosotros, que los induzcan a pensar que el día del Señor es inminente. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 3, 16

R/. Aleluya, aleluya.

Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él, tenga vida eterna. **R/.**

EVANGELIO

El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

Del santo Evangelio según san Lucas: 19, 1-10

En aquel tiempo, Jesús entró en Jericó, y al ir atravesando la ciudad, sucedió que un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de conocer a Jesús; pero la gente se lo impedía, porque Zaqueo era de baja estatura. Entonces corrió y se subió a un árbol para verlo cuando pasara por ahí. Al llegar a ese lugar, Jesús levantó los ojos y le dijo: “Zaqueo, bájate pronto, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa”.

El bajó enseguida y lo recibió muy contento. Al ver esto, comenzaron todos a murmurar diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”.

Zaqueo, poniéndose de pie, dijo a Jesús: “Mira, Señor, voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes, y si he defraudado a alguien, le restituiré cuatro veces más”. Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abraham, y el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido”. **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, que este sacrificio sea para ti una ofrenda pura, y nos obtenga la plenitud de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 6, 57

Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, dice el Señor, así también el que me come vivirá por mí.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que aumente en nosotros la acción de tu poder y que, alimentados con estos sacramentos celestiales, tu favor nos disponga para alcanzar las promesas que contienen. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

Contra los planteamientos justificatorios de quienes alegan haberse convertido en criminales y delincuentes porque su lugar de origen era un sitio carente de oportunidades, podemos apuntar el relato biográfico de Zaqueo. Él formaba parte de un entramado de relaciones de poder e influencia que le permitían obtener beneficios cuantiosos. En el fondo de su corazón se daba cuenta que el abuso y el despojo que había hecho de los bienes de los pobres no tenía justificación a los ojos de Dios. Le faltaba un detonador que acelerara ese cambio decisivo en su vida. El encuentro con Jesús fue la coyuntura propicia. Cada uno de nosotros sabemos perfectamente cuando hacemos el bien o el

mal, cuando nos sumamos a la corrupción o le abonamos a la transparencia. La decisión de vivir conforme al mensaje de salvación y justicia que Jesús nos comparte es un asunto importante para quien quiera vivir en clave de congruencia.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Señor, amigo de la vida (Sb 11,22–12,2)

1ª lectura

La reflexión y enseñanza del amor y misericordia de Dios por todos los seres creados no son, evidentemente, nuevos del libro de la Sabiduría (ver Os 6,4-6; Jon 3,1-4,11); pero quizá nunca antes habían sido manifestados como aquí (especialmente vv. 23-26), con tanta fuerza expresiva, y al modo de razonamiento sapiencial sobre la universalidad de la misericordia divina con los hombres pecadores y sobre la actuación del amor en la creación y conservación de las criaturas. Santo Tomás expuso con su habitual rigor la cuestión: nunca habría creado Dios a un ser si no lo hubiera amado como procedente de Él mismo, como poseedor de una participación, por mínima que sea, de la suprema bondad: «Dios ama a todos los seres existentes. No del mismo modo que nosotros; porque nuestra voluntad no es causa de la bondad de las cosas, sino que a ésta es movida como hacia su objeto (...); en cambio, el amor de Dios es el que infunde y crea la bondad en las cosas» (*Summa theologiae*, 1,20,2).

Es, pues, por un designio misericordioso por el que Dios castiga a veces a los hombres. Este designio divino es el que 11,23-26 se complace en enseñar más allá de todo límite: Dios es todopoderoso, no hay nada ni nadie que se le pueda resistir; su misericordia no es efecto de debilidad, sino del amor: Él es amigo de la vida.

Orígenes se apoya en este pasaje para enseñar el amor universal de Dios: «Así, siendo hijos suyos, el Señor nos exhorta a cultivar la misma disposición, enseñándonos a extender lo más posible nuestros beneficios a todos los hombres. Y es así que Él mismo se dice ser “salvador de todos los hombres, especialmente de los creyentes” (1 Tm 4,10) y su Cristo “propiciación por nuestros pecados... y por los de todo el mundo” (1 Jn 2,2)» (*Contra Celsum* 4,28).

San Gregorio Magno, en sus homilias al pueblo de Roma, exhortaba a buscar la inmensa misericordia de Dios con los pecadores: «He aquí que llama a todos los que se han manchado, desea abrazarlos, y se queja de que le han abandonado. No perdamos este tiempo de misericordia que se nos ofrece, no menospreciemos los remedios de tanta piedad que el Señor nos brinda. Su benignidad llama a los extraviados y nos prepara, cuando volvamos a Él, el seno de su clemencia. Piense cada cual en la deuda que le abrumba, cuando Dios le aguarda y no se exaspera con el desprecio. El que no quiso permanecer con Él, que vuelva; el que menospreció estar firme a su lado, que se levante» (*Homiliae in Evangelia* 33).

Se subraya también la providencia amorosa de Dios hacia todas las criaturas. El *Catecismo de la Iglesia Católica* explicará: «Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza» (n. 301).

Nos os alarméis como si fuera inminente el día del Señor (2Ts 1,11–2,2)

2ª lectura

La frase «según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo» (v. 12) admite otra posible traducción del griego: «Según la gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo». En este segundo caso estaríamos ante una confesión de fe en la divinidad de Jesucristo: Cristo, Dios y Señor. Esta expresión, que se hizo muy común con posterioridad, tiene aquí un gran valor por su antigüedad.

A continuación se afronta el tema central de la carta: el momento de la segunda venida del Señor (Parusía), que algunos consideraban inminente. San Pablo dice a los tesalonicenses que se mantengan serenos porque todavía no se han dado los signos que precederán a la Parusía.

La incertidumbre acerca del momento en que acontecerá la Parusía no es obstáculo para una vida cristiana auténtica, ni fuente de desasosiego, sino que —como lo hace notar San Atanasio— resulta beneficiosa: «No conocer cuándo será el fin ni cuándo será el día del fin es útil a los hombres. Si lo conocieran, despreciarían el tiempo intermedio, aguardando los días próximos a la consumación. En efecto, sólo entonces alegrarían motivos para pensar en ellos mismos. Por esto guardó silencio sobre la consumación de la muerte de cada uno para que los hombres no se enorgullecieran con tal conocimiento y no comenzaran a pasar la mayor parte del tiempo irreflexivamente. Ambas cosas, la consumación de todo y el final de cada uno, nos lo ocultó el Verbo (pues en la consumación de todo se halla la consumación de cada uno y en la de cada uno se contiene la del todo) para que siendo incierto y siempre esperado, cada día avancemos como llamados, tendiendo hacia lo que está delante de nosotros y olvidando lo que está detrás (Flp 3, 13)» (S. Atanasio *Contra Arianos* 3,49).

Zaqueo (Lc 19,1-10)

Evangelio

El episodio ilustra la misericordia de Dios ante la conversión del pecador que tan prodigiosamente describió el Señor en sus parábolas (15,1-32). Zaqueo es un hijo de Abrahán (v. 9) que, sin embargo, parece que no vivía las condiciones de la Alianza (cfr vv. 2.7). Pero Jesús ha venido a salvar también a los descarriados (cfr 15,1-7 y Ez 34,16: «Buscaré a la oveja perdida, tomaré a la descarriada, curaré a la herida y sanaré a la enferma»). Por eso, ante el movimiento de curiosidad de Zaqueo (vv. 3-4), Jesús responde llamándole por su nombre y aceptándole junto a Él (v. 5). El resultado de ese encuentro con Cristo es la alegría (v. 6) y la salvación (vv. 9-10).

Muchas enseñanzas podemos sacar del episodio. En primer lugar, que el Señor nos busca a pesar de nuestra condición. Zaqueo pertenecía al oficio de los publicanos, recaudadores de impuestos para la hacienda romana; por esto, y porque abusaban en su función, eran odiados por el pueblo. De ahí que, si el Señor «elige a un jefe de publicanos, ¿quién desesperará de sí mismo cuando éste alcanza la gracia?» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

Después, la actitud de Zaqueo. El lector descubre en las acciones del jefe de publicanos —«porque era pequeño de estatura», «se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro» (vv. 3-4)— algo más que curiosidad. Tal vez por eso le llama el Señor. Como la de Zaqueo, así ha de ser nuestra búsqueda de Dios: sin falsa vergüenza ni miedo al qué dirán. **Convéncete de que el ridículo no existe para quien hace lo mejor** (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 392).

Al final, su correspondencia a la gracia. Con el propósito de devolver el cuádruple de lo que podía haber defraudado, cumple la Ley de Moisés (cfr Ex 21,37), y además entrega la mitad de sus bienes: «Que aprendan los ricos que no consiste el mal en tener riquezas, sino en no usar bien de ellas; porque así como las riquezas son un impedimento para los malos, son también un medio de virtud para los buenos» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

La entrada en Jericó: Zaqueo

Aconteció que, acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino. En el evangelio según Mateo (20, 29) aparecen dos ciegos; aquí solamente uno; en aquél, mientras salía de Jericó; en éste, cuando se acercaba. Pero no hay oposición, ya que ambos son una misma figura del pueblo gentil, que recuperó la luz de la vista perdida gracias a los misterios del Señor, por lo cual poco importa que haya recibido la curación en la persona de uno o de dos, puesto que ya desde el tiempo de Cam y Jafet, los hijos de Noé, los dos ciegos eran el símbolo de los progenitores de su raza.

Tampoco Lucas parece haberlo omitido, puesto que habla en seguida de Zaqueo, un hombre pequeño de estatura, es decir, desprovisto de la dignidad de una noble cuna, pobre en méritos, como el pueblo gentil, habiendo oído que se acercaba la venida del Dios Salvador, deseaba ver a Ese que no habían querido recibir los suyos (Jn 1, 2). Pero es cierto que nadie puede ver fácilmente a Jesús; nadie, en verdad, que esté atado a la tierra puede ver a Jesús. Y como él no se apoya ni en los profetas ni en el reino como sobre una gracia y belleza puramente naturales, se subió a un sicómoro, es decir, puso bajo sus plantas, de modo simbólico, la vanidad de los judíos, corrigiendo al mismo tiempo los errores de su vida pasada; y ésta es la razón por la que pudo recibir a Jesús en el interior de su casa. Realmente convenía que subiese al árbol, para que el árbol bueno diese buenos frutos (Mt 7, 17) y para que, subido a ese árbol salvaje e injertado aun contra su modo de ser en el buen olivo, produjese el fruto de la ley (Rm 11, 24); porque la raíz es santa, aunque sean inútiles los sarmientos, cuyo ornato infructuoso logró transcender el pueblo gentil por medio de la fe en la resurrección, que resulta ser una especie de ascensión de su cuerpo.

Y allí había un hombre llamado Zaqueo. Zaqueo se encuentra subido en el sicómoro, y el ciego permanece en el camino. El Señor mira a uno y se compadece de él, mientras que al otro le hace el honor de hospedarse en su casa. A uno le pregunta para curarlo, en casa del otro se invita a sí mismo sin ser invitado; pues sabía que el que le reciba como huésped percibiría una abundante recompensa, y es que, aunque no había oído aún su invitación, ya había leído en su corazón.

Más para que no parezca que en seguida apartamos nuestra mente de este ciego y comenzamos a hablar del rico, como si nos disgustasen los pobres, detengámonos a examinarlo, ya que así lo hizo el Señor, e interroguémosle, puesto que también Él le preguntó. Nosotros le vamos a preguntar porque no sabemos, Él le interrogó, aunque lo conocía todo; preguntémosle para saber cómo obtuvo su curación. Él le preguntó con el fin de que con este solo ejemplo aprendiésemos todos el método exigido para merecer ver al Señor; es decir, que le interrogó para que creyésemos que uno no puede sanar si no hace profesión de fe.

Y al punto comenzó a ver —dice— y le seguía glorificando al Señor. Y andaba por Jericó. Y es que, si no hubiera seguido a Cristo, si no hubiera glorificado al Señor, despreciando al mundo, no hubiera podido ver. Pasemos ahora a hacer algunas reflexiones sobre los ricos; puesto que no queremos ofenderlos, ya que deseamos, si es posible, salvar a todos, cosa que hacemos para que, por si acongojados por la parábola del camello y postergados más de lo conveniente en la persona de Zaqueo, no se sientan como sujetos a quienes va dirigido ese aviso y esa ofensa.

Han de saber que ser rico no es ningún pecado, sólo se da éste cuando usan mal de las riquezas; porque los bienes sirven tanto de impedimento para los malos como de una gran ayuda para la virtud de los buenos. Rico era, en efecto, Zaqueo, elegido por Cristo, más dando la mitad de sus

bienes a los pobres y, devolviendo también el cuádruplo de todo lo que había obtenido por fraude — en verdad, una sola de esas dos cosas no era suficiente, ya que la liberalidad no tiene valor si subsiste la injusticia, puesto que lo que se pide aquí no son las cosas robadas, sino el donar algo propio—, recibió una recompensa mucho más abundante que su largueza.

Ciertamente está muy a propósito puesto el detalle de señalarle como jefe de los publicanos; porque ¿quién podrá desesperar de sí mismo cuando logró llevar a cabo su conversión ese mismo que hizo fortuna a base de fraudes? Y continúa: Él era rico; date cuenta, por tanto, de que no todos los ricos son avaros.

¿Qué querrá decir el hecho de que la Escritura no da la estatura de ningún otro, sino la de éste: porque era pequeño de estatura. Examina a ver si tal vez era pequeño en malicia o de muy poca estatura en la fe, porque, cuando decidió subirse (al sicómoro), nada había prometido todavía, aún no había visto a Cristo, y por eso entonces era pequeño. Lo mismo hay que decir de ese gran hombre que fue Juan, puesto que también él vio a Cristo y a su Espíritu, que reposaba sobre El en forma de paloma, como él mismo dijo: He contemplado al Espíritu que descendía en forma de paloma y reposaba sobre El (Jn 1, 32).

Y ¿qué significa la turba sino ese estado de confusión de la muchedumbre ignorante que no es capaz de contemplar las alturas de la sabiduría? Por eso Zaqueo, mientras estuvo confundido entre la gente, no vio a Cristo; más cuando se elevó sobre la turba, le vio, con lo que nos indica que, cuando trascendió la ignorancia propia del hombre, mereció ver al que deseaba.

Por lo cual con mucha razón añadió: porque el Señor debía pasar por ese lugar, sitio donde estaba el sicómoro, o el que habría de creer, y de este modo pudiera observar el misterio y sembrar la gracia; pues Él había venido para pasar de los judíos a los gentiles.

Vio, pues, a Zaqueo, en lo alto; y es que, por la elevación de su fe, sobresalía entre los frutos de las nuevas obras, a la manera que el fruto maduro brota en lo alto de un árbol fecundo. Y como quiera que debemos pasar de la figura a la aplicación moral, diremos que resulta de gran alivio el que nuestra alma pueda descansar el domingo en medio de la buena voluntad de unos creyentes tan numerosos, para poder tomar parte en la fiesta. Zaqueo en sicómoro es esa figura del fruto nuevo del nuevo tiempo; en él se realiza aquello de que la higuera produjo sus primeros frutos (Ct 2, 13). Esta es, pues, la misión de Cristo: que de los árboles nazcan no frutos, sino hombres. En otro lugar hemos leído: Cuando estabas bajo la higuera, Yo te vi (Jn 1, 48). Natanael estaba bajo el árbol, es decir, sobre la raíz, porque era justo —y la raíz es santa (Rm 11, 16)—, en otras palabras, Natanael estaba bajo el árbol porque militaba bajo la ley, Zaqueo, por el contrario, estaba sobre el árbol, ya que había sido constituido sobre la ley; aquél defendió al Señor en secreto, éste le predicó públicamente; el primero buscaba todavía a Cristo en la ley; el segundo, militando ya sobre la ley, abandonaba sus bienes y seguía al Señor.

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), 1.8, 80-90, BAC Madrid 1966, pág. 523-27)

FRANCISCO – Ángelus 2013 – Homilía 31.VII.16 – Audiencia 18.VI.16

Ángelus 2013

Dios es un Padre siempre en espera vigilante

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La página del Evangelio de san Lucas de este domingo nos presenta a Jesús que, en su camino hacia Jerusalén, entra en la ciudad de Jericó. Es la última etapa de un viaje que resume en sí el sentido de toda la vida de Jesús, dedicada a buscar y salvar a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero cuanto más se acerca el camino a la meta, tanto más se va formando en torno a Jesús un círculo de hostilidad.

Sin embargo, en Jericó tiene lugar uno de los acontecimientos más gozosos narrados por san Lucas: la conversión de Zaqueo. Este hombre es una oveja perdida, es despreciado y es un «excomulgado», porque es un publicano, es más, es el jefe de los publicanos de la ciudad, amigo de los odiados ocupantes romanos, es un ladrón y un explotador.

Impedido de acercarse a Jesús, probablemente por motivo de su mala fama, y siendo pequeño de estatura, Zaqueo se trepa a un árbol, para poder ver al Maestro que pasa. Este gesto exterior, un poco ridículo, expresa sin embargo el acto interior del hombre que busca pasar sobre la multitud para tener un contacto con Jesús. Zaqueo mismo no conoce el sentido profundo de su gesto, no sabe por qué hace esto, pero lo hace; ni siquiera se atreve a esperar que se supere la distancia que le separa del Señor; se resigna a verlo sólo de paso. Pero Jesús, cuando se acerca a ese árbol, le llama por su nombre: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19, 5). Ese hombre pequeño de estatura, rechazado por todos y distante de Jesús, está como perdido en el anonimato; pero Jesús le llama, y ese nombre «Zaqueo», en la lengua de ese tiempo, tiene un hermoso significado lleno de alusiones: «Zaqueo», en efecto, quiere decir «Dios recuerda».

Y Jesús va a la casa de Zaqueo, suscitando las críticas de toda la gente de Jericó (porque también en ese tiempo se murmuraba mucho), que decía: ¿Cómo? Con todas las buenas personas que hay en la ciudad, ¿va a estar precisamente con ese publicano? Sí, porque él estaba perdido; y Jesús dice: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán» (Lc 19, 9). En la casa de Zaqueo, desde ese día, entró la alegría, entró la paz, entró la salvación, entró Jesús.

No existe profesión o condición social, no existe pecado o crimen de algún tipo que pueda borrar de la memoria y del corazón de Dios a uno solo de sus hijos. «Dios recuerda», siempre, no olvida a ninguno de aquellos que ha creado. Él es Padre, siempre en espera vigilante y amorosa de ver renacer en el corazón del hijo el deseo del regreso a casa. Y cuando reconoce ese deseo, incluso simplemente insinuado, y muchas veces casi inconsciente, inmediatamente está a su lado, y con su perdón le hace más suave el camino de la conversión y del regreso. Miremos hoy a Zaqueo en el árbol: su gesto es un gesto ridículo, pero es un gesto de salvación. Y yo te digo a ti: si tienes un peso en tu conciencia, si tienes vergüenza por tantas cosas que has cometido, detente un poco, no te asustes. Piensa que alguien te espera porque nunca dejó de recordarte; y este alguien es tu Padre, es Dios quien te espera. Trépate, como hizo Zaqueo, sube al árbol del deseo de ser perdonado; yo te aseguro que no quedarás decepcionado. Jesús es misericordioso y jamás se cansa de perdonar. Recordadlo bien, así es Jesús.

Hermanos y hermanas, dejémonos también nosotros llamar por el nombre por Jesús. En lo profundo del corazón, escuchemos su voz que nos dice: «Es necesario que hoy me quede en tu casa», es decir, en tu corazón, en tu vida. Y acojámosle con alegría: Él puede cambiarnos, puede convertir nuestro corazón de piedra en corazón de carne, puede liberarnos del egoísmo y hacer de nuestra vida un don de amor. Jesús puede hacerlo; ¡déjate mirar por Jesús!

Homilía JMJ, 31.VII.16

Obstáculos: “baja estatura”, “vergüenza paralizante”, “multitud que murmura”

Queridos jóvenes: habéis venido a Cracovia para encontraros con Jesús. Y el Evangelio de hoy nos habla precisamente del encuentro entre Jesús y un hombre, Zaqueo, en Jericó (cf. *Lc* 19,1-10). Allí Jesús no se limita a predicar, o a saludar a alguien, sino que quiere —nos dice el Evangelista— *cruzar* la ciudad (cf. v. 1). Con otras palabras, Jesús desea acercarse a la vida de cada uno, recorrer nuestro camino hasta el final, para que su vida y la nuestra se encuentren realmente.

Tiene lugar así el encuentro más sorprendente, el encuentro con Zaqueo, jefe de los «publicanos», es decir, de los recaudadores de impuestos. Así que Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes romanos; era un explotador de su pueblo, uno que debido a su mala fama no podía ni siquiera acercarse al Maestro. Sin embargo, el encuentro con Jesús cambió su vida, como sucedió, y cada día puede suceder con cada uno de nosotros. Pero Zaqueo tuvo que superar *algunos obstáculos* para encontrarse con Jesús. No fue fácil para él, tuvo que superar algunos obstáculos, *al menos tres*, que también pueden enseñarnos algo a nosotros.

El primero es la baja estatura: Zaqueo no conseguía ver al Maestro, porque era bajo. También nosotros podemos hoy caer en el peligro de quedarnos lejos de Jesús porque no nos sentimos a la altura, porque tenemos una baja consideración de nosotros mismos. Esta es una gran tentación, que no sólo tiene que ver con la autoestima, sino que afecta también la fe. Porque la fe nos dice que somos «hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (*1 Jn* 3,1): hemos sido creados a su imagen; Jesús hizo suya nuestra humanidad y su corazón nunca se separará de nosotros; el Espíritu Santo quiere habitar en nosotros; estamos llamados a la alegría eterna con Dios. Esta es nuestra «estatura», esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre. Entendéis entonces que no aceptarse, vivir descontentos y pensar en negativo significa no reconocer nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús —nos lo muestra el Evangelio—, nadie es inferior y distante, nadie es insignificante, sino que todos somos predilectos e importantes: ¡Tú eres importante! Y Dios cuenta contigo por lo que eres, no por lo que tienes: ante él, nada vale la ropa que llevas o el teléfono móvil que utilizas; no le importa si vas a la moda, le importas tú, tal como eres. A sus ojos, vales, y lo que vales no tiene precio.

Cuando en la vida sucede que apuntamos bajo en vez de a lo alto, nos puede ser de ayuda esta gran verdad: Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte, como el más acérrimo de los «hinchas». Siempre nos espera con esperanza, incluso cuando nos encerramos en nuestras tristezas, rumiando continuamente los males sufridos y el pasado. Pero complacerse en la tristeza no es digno de nuestra estatura espiritual. Es más, es un *virus* que infecta y paraliza todo, que cierra cualquier puerta, que impide enderezar la vida, que recomience. Dios, sin embargo, es obstinadamente esperanzado: siempre cree que podemos levantarnos y no se resigna a vernos apagados y sin alegría. Es triste ver a un joven sin alegría. Porque somos siempre sus hijos amados. Recordemos esto al comienzo de cada día. Nos hará bien decir todas las mañanas en la oración: «Señor, te doy gracias porque me amas; estoy seguro de que me amas; haz que me enamore de mi vida». No de mis defectos, que hay que corregir, sino de la vida, que es un gran regalo: es el tiempo para amar y ser amado.

Zaqueo tenía un *segundo* obstáculo en el camino del encuentro con Jesús: la *vergüenza paralizante*. Sobre esto hemos dicho algo ayer por la tarde. Podemos imaginar lo que sucedió en el corazón de Zaqueo antes de subir a aquella higuera, habrá tenido una lucha afanosa: por un lado, la curiosidad buena de conocer a Jesús; por otro, el riesgo de hacer una figura bochornosa. Zaqueo era

un personaje público; sabía que, al intentar subir al árbol, haría el ridículo delante de todos, él, un jefe, un hombre de poder, pero muy odiado. Pero superó la vergüenza, porque la atracción de Jesús era más fuerte. Habréis experimentado lo que sucede cuando una persona se siente tan atraída por otra que se enamora: entonces sucede que se hacen de buena gana cosas que nunca se habrían hecho. Algo similar ocurrió en el corazón de Zaqueo, cuando sintió que Jesús era de tal manera importante que habría hecho cualquier cosa por él, porque él era el único que podía sacarlo de las arenas movedizas del pecado y de la infelicidad. Y así, la vergüenza paralizante no triunfó: Zaqueo —nos dice el Evangelio— «corrió más adelante», «subió» y luego, cuando Jesús lo llamó, «se dio prisa en bajar» (vv. 4.6.). Se arriesgó y actuó. Esto es también para nosotros el secreto de la alegría: no apagar la buena curiosidad, sino participar, porque la vida no hay que encerrarla en un cajón. Ante Jesús no podemos quedarnos sentados esperando con los brazos cruzados; a él, que nos da la vida, no podemos responderle con un pensamiento o un simple «mensajito».

Queridos jóvenes, no os avergoncéis de llevarle todo, especialmente las debilidades, las dificultades y los pecados, en la confesión: Él sabrá sorprenderos con su perdón y su paz. No tengáis miedo de decirle «sí» con toda la fuerza del corazón, de responder con generosidad, de seguirlo. No os dejéis anestesiar el alma, sino aspirad a la meta del amor hermoso, que exige también renuncia, y un «no» fuerte al *doping* del éxito a cualquier precio y a la droga de pensar sólo en sí mismo y en la propia comodidad.

Después de la baja estatura y después de la vergüenza paralizante, hay un *tercer* obstáculo que Zaqueo tuvo que enfrentar, ya no en su interior sino a su alrededor. Es la *multitud que murmura*, que primero lo bloqueó y luego lo criticó: Jesús no tenía que entrar en su casa, en la casa de un pecador. ¿Qué difícil es acoger realmente a Jesús, qué duro es aceptar a un «Dios, rico en misericordia» (Ef 2,4). Puede que os bloqueen, tratando de haceros creer que Dios es distante, rígido y poco sensible, bueno con los buenos y malo con los malos. En cambio, nuestro Padre «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45), y nos invita al valor verdadero: ser *más fuertes que el mal* amando a todos, incluso a los enemigos. Puede que se rían de vosotros, porque creéis en la fuerza mansa y humilde de la misericordia. No tengáis miedo, pensad en cambio en las palabras de estos días: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7). Puede que os juzguen como unos soñadores, porque creéis en una nueva humanidad, que no acepta el odio entre los pueblos, ni ve las fronteras de los países como una barrera y custodia las propias tradiciones sin egoísmo y resentimiento. No os desaniméis: con vuestra sonrisa y vuestros brazos abiertos predicáis la esperanza y sois una bendición para la única familia humana, tan bien representada por vosotros aquí.

Aquel día, la multitud juzgó a Zaqueo, lo miró con desprecio; Jesús, en cambio, hizo lo contrario: levantó los ojos hacia él (v. 5). La mirada de Jesús va más allá de los defectos para ver a la persona; no se detiene en el mal del pasado, sino que divisa el bien en el futuro; no se resigna frente a la cerrazón, sino que busca el camino de la unidad y de la comunión; en medio de todos, no se detiene en las apariencias, sino que mira al corazón. Jesús mira nuestro corazón, el tuyo, el mío. Con esta mirada de Jesús, podéis hacer surgir una humanidad diferente, sin esperar a que os digan «qué buenos sois», sino buscando el bien por sí mismo, felices de conservar el corazón limpio y de luchar pacíficamente por la honestidad y la justicia. No os detengáis en la superficie de las cosas y desconfiad de las liturgias mundanas de la apariencia, del *maquillaje* del alma para aparentar mejores. Por el contrario, instalad bien la conexión más estable, la de un corazón que ve y transmite incansablemente el bien. Y esa alegría que habéis recibido gratis de Dios, por favor, dadla gratis (cf. Mt 10,8), porque son muchos los que la esperan. Y la esperan de vosotros.

Escuchemos por último las palabras de Jesús a Zaqueo, que parecen dichas a propósito para nosotros, para cada uno de nosotros: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (v. 5). «Baja inmediatamente, porque hoy debo quedarme contigo. Ábreme la puerta de tu corazón». Jesús te dirige la misma invitación: «Hoy tengo que alojarme en tu casa». La Jornada Mundial de la Juventud, podríamos decir, *comienza hoy y continúa mañana, en casa*, porque es allí donde Jesús quiere encontrarnos a partir de ahora. El Señor no quiere quedarse solamente en esta hermosa ciudad o en los recuerdos entrañables, sino que quiere venir a tu casa, vivir tu vida cotidiana: el estudio y los primeros años de trabajo, las amistades y los afectos, los proyectos y los sueños. Cómo le gusta que todo esto se lo llevemos en la oración. Él espera que, entre tantos contactos y *chats* de cada día, el primer puesto lo ocupe el hilo de oro de la oración. Cuánto desea que su Palabra hable a cada una de tus jornadas, que su Evangelio sea tuyo, y se convierta en tu «navegador» en el camino de la vida.

Jesús, a la vez que te pide entrar en tu casa, como hizo con Zaqueo, *te llama por tu nombre*. Jesús nos llama a todos por nuestro nombre. Tu nombre es precioso para él. El nombre de Zaqueo evocaba, en la lengua de la época, el *recuerdo de Dios*. Fiaros del recuerdo de Dios: su memoria no es un «disco duro» que registra y almacena todos nuestros datos, su memoria es un corazón tierno de compasión, que se regocija eliminando definitivamente cualquier vestigio del mal. Procuremos también nosotros ahora imitar la memoria fiel de Dios y custodiar el bien que hemos recibido en estos días. En silencio hagamos memoria de este encuentro, custodiemos el recuerdo de la presencia de Dios y de su Palabra, avivemos en nosotros la voz de Jesús que nos llama por nuestro nombre. Así pues, recemos en silencio, haciendo memoria, dando gracias al Señor que nos ha traído aquí y ha querido encontrarnos.

Audiencia 18.VI.16

La verdadera conversión se da cuando acogemos el don de la gracia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de su resurrección, Jesús se apareció diversas veces a los discípulos, antes de ascender a la gloria del Padre. El pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar (*Lc 24, 45-48*) narra una de estas apariciones, en la cual el Señor indica el contenido fundamental de la predicación que los apóstoles deberán ofrecer al mundo. Podemos sintetizarla con dos palabras: «conversión» y «perdón de los pecados». Son dos aspectos que califican la misericordia de Dios que, con amor, cuida de nosotros. Hoy tomamos en consideración la *conversión*.

¿Qué es la conversión? Está presente en toda la Biblia, y de manera particular en la predicación de los profetas, que invitan continuamente al pueblo a «volver al Señor» pidiéndole perdón y cambiando estilo de vida. Convertirse, según los profetas, significa cambiar de dirección y dirigirse de nuevo al Señor, basándose en la certeza de que Él nos ama y su amor es siempre fiel. Volver al Señor. Jesús ha hecho de la conversión la primera palabra de su predicación: «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc 1, 15*). Es con este anuncio que Él se presenta al pueblo, pidiendo que se acoja su palabra como la última y definitiva que el Padre dirige a la humanidad (cf. *Mc 12, 1-2*). Respecto a la predicación de los profetas, Jesús insiste todavía más en la dimensión interior de la conversión. En esa, efectivamente, toda la persona está involucrada, con el corazón y la mente, para convertirse en una criatura nueva, una persona nueva. Cambia el corazón y uno se renueva.

Cuando Jesús llama a la conversión no se erige en juez de las personas, lo hace desde la cercanía, desde el compartir la condición humana, y por tanto de la calle, de la casa, de la mesa... La

misericordia hacia quienes tenían la necesidad de cambiar de vida se realizaba con su presencia amable, para hacer partícipe a cada uno de ellos en su historia de salvación. Jesús persuadía a la gente con la amabilidad, con el amor; y con este comportamiento, Jesús llegaba a lo más profundo del corazón de las personas que se sentían atraídas por el amor de Dios e impulsadas a cambiar de vida. Por ejemplo, las conversiones de Mateo (cf. *Mt* 9, 9-13) y de Zaqueo (cf. *Lc* 19, 1-10) sucedieron exactamente de esta manera, porque se sintieron amados por Jesús y, a través de Él, por el Padre. La verdadera conversión se da cuando acogemos el don de la gracia; y una señal clara de su autenticidad es el hecho que nos damos cuenta de las necesidades de los hermanos y estamos preparados para salir a su encuentro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡cuántas veces sentimos también nosotros la exigencia de un cambio que afecte a toda nuestra persona! ¡Cuántas veces nos decimos: «debo cambiar, no puedo continuar así... Mi vida, por este camino, no dará frutos, será una vida inútil y yo no seré feliz!». ¡Cuántas veces nos vienen estos pensamientos, cuántas veces!... Y Jesús, a nuestro lado, con la mano tendida nos dice: «ven, ven a mí. El trabajo lo hago yo; yo te cambiaré el corazón, yo te cambiaré la vida, yo te haré feliz». Pero nosotros, ¿creemos esto o no?; ¿creemos o no?; ¿qué pensáis vosotros?; ¿creéis en esto o no? ¡Menos aplausos y más voz!: ¿creéis o no creéis? la gente: «¡Sí!». Es así. Jesús que está con nosotros nos invita a cambiar de vida. Él, con el Espíritu Santo, siembra en nosotros esa inquietud de cambiar de vida y ser un poco mejores. Sigamos entonces esta invitación del Señor y no opongamos resistencia, porque sólo si nos abrimos a su misericordia, encontraremos la verdadera vida y la verdadera alegría. Sólo debemos abrir la puerta de par en par, y Él hará el resto. Él hace todo, pero a nosotros nos corresponde abrir el corazón de par en par para que Él pueda sanarnos y hacernos seguir adelante. Os aseguro que seremos más felices. Gracias.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

2007

El amor es la fuerza que renueva al mundo

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la liturgia presenta a nuestra meditación el conocido episodio evangélico del encuentro de Jesús con Zaqueo en la ciudad de Jericó. ¿Quién era Zaqueo? Un hombre rico, que ejercía el oficio de “publicano”, es decir, de recaudador de impuestos por cuenta de la autoridad romana, y precisamente por eso era considerado un pecador público. Al saber que Jesús pasaría por Jericó, aquel hombre sintió un gran deseo de verlo, pero, como era bajo de estatura, se subió a un árbol. Jesús se detuvo precisamente bajo ese árbol y se dirigió a él llamándolo por su nombre: “Zaqueo, baja en seguida, porque hoy debo alojarme en tu casa” (*Lc* 19, 5). ¡Qué mensaje en esta sencilla frase!

“Zaqueo”: Jesús llama por su nombre a un hombre despreciado por todos. “Hoy”: sí, precisamente ahora ha llegado para él el momento de la salvación. “Tengo que alojarme”: ¿por qué “debo”? Porque el Padre, rico en misericordia, quiere que Jesús vaya a “buscar y a salvar lo que estaba perdido” (*Lc* 19, 10). La gracia de aquel encuentro imprevisible fue tal que cambió completamente la vida de Zaqueo: “Mira —le dijo a Jesús—, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más” (*Lc* 19, 8). Una vez más el Evangelio nos dice que el amor, partiendo del corazón de Dios y actuando a través del corazón del hombre, es la fuerza que renueva el mundo (...).

2010

Dios ve en cada uno un alma que hay que salvar

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelista san Lucas presta una atención particular al tema de la misericordia de Jesús. En su narración, encontramos algunos episodios que destacan el amor misericordioso de Dios y de Cristo, quien afirma que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores (Cf. *Lucas* 5,32). Entre las narraciones de Lucas, se encuentra la de la conversión de Zaqueo, que presenta la liturgia de este domingo. Zaqueo es un “publicano”, es más, el jefe de los publicanos de Jericó, importante ciudad en el río Jordán. Los publicanos eran los recaudadores de los impuestos que los judíos debían pagar al emperador romano, y por este motivo eran considerados pecadores públicos. Además, aprovechaban con frecuencia su posición para hacer chantaje y sacar dinero a la gente. Por este motivo, Zaqueo era muy rico, pero despreciado por sus conciudadanos. Por eso, cuando Jesús, al atravesar Jericó, se detuvo precisamente en casa de Zaqueo, suscitó un escándalo general. El Señor, sin embargo, sabía muy bien lo que hacía. Por así decir quiso arriesgar y ganó la apuesta: Zaqueo, profundamente impresionado por la visita de Jesús, decide cambiar de vida, y promete restituir el cuádruple de lo que ha robado. “Hoy ha llegado la salvación a esta casa”, dice Jesús y concluye: “el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”.

Dios no excluye a nadie, ni a pobres y ni a ricos. Dios no se deja condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno un alma que hay que salvar, y le atraen especialmente aquellas almas que son consideradas perdidas y que así lo creen ellas mismas. Jesucristo, encarnación de Dios, ha demostrado esta inmensa misericordia, que no le quita nada a la gravedad del pecado, sino que busca siempre salvar al pecador, ofrecerle la posibilidad de rescate, de volver a comenzar, de convertirse. En otro pasaje del Evangelio, Jesús afirma que es muy difícil para un rico entrar en el Reino de los cielos (Cf. *Mateo* 19, 23). En el caso de Zaqueo, vemos precisamente que lo que parece imposible se realiza: “Él entregó su riqueza e inmediatamente quedó sustituida por la riqueza del Reino de los cielos”, comenta san Jerónimo (*Homilía sobre el Salmo* 83, 3). Y san Máximo de Turín añade: “Las riquezas son un alimento para los necios para la deshonestidad; sin embargo, para los sabios son una ayuda para la virtud; a éstos se les ofrece una oportunidad para la salvación, en el caso de los otros provoca un traspiés que les arruina” (*Sermones*, 95).

Queridos amigos, ¡Zaqueo acogió Jesús y convirtió, pues Jesús había sido el primero en acogerle! No le había condenado, sino que le había respondido a su deseo de salvación. Pidamos a la Virgen María, modelo perfecto de comunión con Jesús, que experimentemos la alegría de recibir la visita del Hijo de Dios, de quedar renovados por su amor, y transmitir a los demás su misericordia.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El universo ha sido creado para gloria de Dios

293 Es una verdad fundamental que la Escritura y la Tradición no cesan de enseñar y de celebrar: “El mundo ha sido creado para la gloria de Dios” (Cc. Vaticano I: DS 3025). Dios ha creado todas las cosas, explica S. Buenaventura, “non propter gloriam augendam, sed propter gloriam

manifestandam et propter gloriam suam communicandam” (“no para aumentar su gloria, sino para manifestarla y comunicarla”) (sent. 2,1,2,2,1). Porque Dios no tiene otra razón para crear que su amor y su bondad: “Aperta manu clave amoris creaturae prodierunt” (“Abierta su mano con la llave del amor surgieron las criaturas”) (S. Tomás de A. sent. 2, pro.) Y el Concilio Vaticano primero explica:

En su bondad y por su fuerza todopoderosa, no para aumentar su bienaventuranza, ni para adquirir su perfección, sino para manifestarla por los bienes que otorga a sus criaturas, el solo verdadero Dios, en su libérrimo designio, en el comienzo del tiempo, creó de la nada a la vez una y otra criatura, la espiritual y la corporal (DS 3002).

294 La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros “hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, *para alabanza de la gloria de su gracia*” (Ef 1,5-6): “Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios” (S. Ireneo, haer. 4,20,7). El fin último de la creación es que Dios, “Creador de todos los seres, se hace por fin `todo en todas las cosas’ (1 Co 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (AG 2).

Dios crea un mundo ordenado y bueno

299 Porque Dios crea con sabiduría, la creación está ordenada: “Tú todo lo dispusiste con medida, número y peso” (Sb 11,20). Creada en y por el Verbo eterno, “imagen del Dios invisible” (Col 1,15), la creación está destinada, dirigida al hombre, imagen de Dios (cf. Gn 1,26), llamado a una relación personal con Dios. Nuestra inteligencia, participando en la luz del Entendimiento divino, puede entender lo que Dios nos dice por su creación (cf. Sal 19,2-5), ciertamente no sin gran esfuerzo y en un espíritu de humildad y de respeto ante el Creador y su obra (cf. Jb 42,3). Salida de la bondad divina, la creación participa en esa bondad (“Y vio Dios que era bueno...muy bueno”: Gn 1,4.10.12.18.21.31). Porque la creación es querida por Dios como un don dirigido al hombre, como una herencia que le es destinada y confiada. La Iglesia ha debido, en repetidas ocasiones, defender la bondad de la creación, comprendida la del mundo material (cf. DS 286; 455-463; 800; 1333; 3002).

341 *La belleza del universo:* el orden y la armonía del mundo creado derivan de la diversidad de los seres y de las relaciones que entre ellos existen. El hombre las descubre progresivamente como leyes de la naturaleza que causan la admiración de los sabios. La belleza de la creación refleja la Infinita belleza del Creador. Debe inspirar el respeto y la sumisión de la inteligencia del hombre y de su voluntad.

353 *Dios quiso la diversidad de sus criaturas y la bondad peculiar de cada una, su interdependencia y su orden. Destinó todas las criaturas materiales al bien del género humano. El hombre, y toda la creación a través de él, está destinado a la gloria de Dios.*

La reparación

1459 Muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo (por ejemplo, restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar las heridas). La simple justicia exige esto. Pero además el pecado hiere y debilita al pecador mismo, así como sus relaciones con Dios y con el prójimo. La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó (cf. Cc. de Trento: DS 1712). Liberado del pecado, el pecador debe todavía recobrar la plena salud espiritual. Por tanto, debe hacer algo más para reparar

sus pecados: debe “satisfacer” de manera apropiada o “expiar” sus pecados. Esta satisfacción se llama también “penitencia”.

2412 En virtud de la justicia conmutativa, la *reparación de la injusticia* cometida exige la restitución del bien robado a su propietario:

Jesús bendijo a Zaqueo por su resolución: “si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo” (Lc 19,8). Los que, de manera directa o indirecta, se han apoderado de un bien ajeno, están obligados a restituirlo o a devolver el equivalente en naturaleza o en especie si la cosa ha desaparecido, así como los frutos y beneficios que su propietario hubiera obtenido legítimamente. Están igualmente obligados a restituir, en proporción a su responsabilidad y al beneficio obtenido, todos los que han participado de alguna manera en el robo, o se han aprovechado de él a sabiendas; por ejemplo, quienes lo hayan ordenado o ayudado o encubierto.

2487 Toda falta cometida contra la justicia y la verdad entraña el *deber de reparación*, aunque su autor haya sido perdonado. Cuando es imposible reparar un daño públicamente, es preciso hacerlo en secreto; si el que ha sufrido un perjuicio no puede ser indemnizado directamente, es preciso darle satisfacción moralmente, en nombre de la caridad. Este deber de reparación concierne también a las faltas cometidas contra la reputación del prójimo. Esta reparación, moral y a veces material, debe apreciarse según la medida del daño causado. Obliga en conciencia.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Zaqueo, baja enseguida

Hoy el Evangelio nos presenta la atrayente historia de Zaqueo. Ésta se compone de dos escenas, una que se desarrolla en el exterior y la otra dentro de casa; una en medio de la gente, la otra entre Jesús y Zaqueo solos.

Jesús ha llegado a Jericó. No es la primera vez que llega allí y, esta vez, al acercarse, igualmente ha curado a un ciego (cfr. *Lucas* 18, 35ss.). Esto explica por qué hay tanta gente esperándolo. Zaqueo, «jefe de publicanos y rico», para verlo mejor, se sube sobre un árbol, a lo largo del recorrido del cortejo (¡en la entrada de Jericó aún hoy muestran una vieja higuera, que habría sido la de Zaqueo!). Y he aquí lo que sucede:

«Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: “Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”. Él bajó enseguida y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”».

Hasta aquí, el episodio de Zaqueo sirve, por enésima vez en el Evangelio de Lucas, para llamar la atención de Jesús hacia los humildes, los despreciados y los repudiados. Los conciudadanos despreciaban a Zaqueo, porque estaba comprometido con el dinero y con el poder y, quizás también, porque era pequeño de estatura; para ellos, Zaqueo no es más que «un pecador». Jesús, por el contrario, lo va a buscar a su casa; deja a la muchedumbre de admiradores, que lo han acogido en Jericó, y se va sólo con Zaqueo. Hace como el buen pastor, que deja las noventa y nueve ovejas para buscar la que hacía cien, la que estaba perdida. Para él, Zaqueo ante todo es «un hijo de Abrahán». Ésta es la lectura del pasaje, que hace hoy la liturgia, cuando habla en la primera lectura sobre la elección y con el bellísimo texto sobre la «compasión de Dios hacia todos»:

«Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado».

Son palabras que recuerdan, y posiblemente comentan, el oráculo de Ezequiel: «Yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva» (cfr. *Ezequiel* 33, 11). San Ireneo ha cerrado esta revelación con una frase justamente célebre, que la misma liturgia, cosa rara, ha escogido en italiano como estribillo al salmo responsorial, a pesar de que no se trata de un texto de la Escritura: «La gloria de Dios es el hombre que vive»; en el misal castellano, sin embargo, aparece como estribillo el siguiente versículo: «Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey» (*Salmo* 144,1).

Jesús se comporta del mismo modo que Dios. Él acoge bien sea a los refutados del sistema político: pobres y oprimidos; bien sea a los despreciables del sistema religioso: paganos, publicanos, prostitutas. Quien no acepta este actuar de Dios se excluye por sí solo de la salvación; queriendo discriminar a toda costa, permanece él mismo discriminado. Visto desde esta perspectiva, el episodio de Zaqueo nos aparece, al igual como la parábola del publicano y del fariseo, desligado de la realidad. Quizás, precisamente por esto, Lucas ha insertado el episodio en este punto del Evangelio, después de que, en el capítulo precedente, nos ha hecho leer tal parábola. Dios allí justificaba al publicano arrepentido y enviaba con las manos vacías al fariseo; Jesús aquí lleva la salvación a la casa de Zaqueo y deja fuera, para que murmuren, a los bien pensados orgullosos de Jericó.

Entremos ahora en casa con Jesús y Zaqueo y escuchemos el resto de la historia:

«Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor: “Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”. Jesús le contestó: “Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”».

Nos hemos parado aquí para considerar el actuar de Cristo, que es, como se ha visto, el actuar mismo de Dios. Pero, el episodio tiene dos protagonistas: Jesús y Zaqueo. También el actuar de Zaqueo o del hombre contiene una enseñanza esencial y ello atañe, todavía una vez, al planteamiento sobre la riqueza y sobre los pobres. Desde este punto de vista, para ser bien comprendido el episodio de Zaqueo debe ser leído sobre el trasfondo de los dos fragmentos que le preceden, el del rico epulón y el del joven rico. Con esta sucesión de enseñanzas Lucas ha pretendido dar a la Iglesia una idea exacta y completa del pensamiento de Jesús en torno a las riquezas.

La comparación entre Zaqueo y el rico epulón pone de relieve una diferencia. Este último le negaba al pobre hasta las migajas, que caían de su mesa; el primero, da la mitad de sus bienes a los pobres; uno hace uso de sus bienes sólo para sí mismo y para sus amigos ricos, que pueden ofrecerle la contraprestación; el otro usa sus bienes también para los demás, esto es, para los pobres. La atención, como se ve, está en el uso que hay que hacer de las riquezas. Las riquezas son inicuas cuando vienen acaparadas, sustrayéndolas a los más débiles y vienen usadas para el propio lujo desenfrenado; cesan de ser malas cuando son fruto del propio trabajo y se consiguen para servir también a los otros y a la comunidad. Así, el rico quiere imitar a Dios; pero, Dios, en efecto, es el rico por excelencia, poseyéndolo todo; pero, todo lo ha dado por el bien y la alegría de sus criaturas: el aire, el sol, la lluvia, sin mirar ni siquiera quién es digno y quién no lo es.

Igualmente, la comparación con el episodio del joven rico aclara una diferencia, pero, esta vez no en el actuar del hombre sino en el de Dios. Un día, un joven se le presentó a Jesús preguntándole qué debía hacer para alcanzar la vida eterna. Jesús, primeramente, le recordó la

observancia de los mandamientos; después, añadió: «Si quieres ser perfecto... aún te falta una cosa: vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme» (*Lucas 18,22*). «Todo cuanto tienes»: al joven rico se le pide que lo entregue *todo* a los pobres; a Zaqueo, sólo la mitad de sus bienes. (Jesús lo declara salvado después de esta promesa).

Zaqueo permanece rico. El oficio que hace (es el jefe de los que cobran las tasas de la ciudad de Jericó; que tiene el monopolio de algunos productos en aquel tiempo muy buscados, hasta en Egipto) le consiente permanecer acomodado y rico, incluso después de la drástica reducción de sus haberes. Pero, aquí está posiblemente la enseñanza más nueva atada a la figura de Zaqueo, que rectifica una falsa impresión que se puede tener por otras frases del Evangelio. No es la riqueza en sí lo que Jesús condena sin apelativo, sino el uso perverso de ella. ¡También para el rico hay salvación! Cuando Jesús pronunció aquellas terribles palabras: «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de Dios» (*Lucas 18,25*) los discípulos, asustados, le dijeron: «¿Y quién se podrá salvar?» (*Lucas 18,26*). Entonces, Jesús replicó: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (*Lucas 18,27*). Zaqueo es la nueva prueba de que Dios puede realizar también el milagro de convertir y salvar a un rico sin necesariamente reducirlo al estado de pobreza. Una esperanza, ésta, que Jesús no negó nunca y que más bien la alimentó, no desdeñando tratar él, también pobre, con los ricos y jefes militares.

Cierto, él no aduló nunca a los ricos y no buscó nunca su favor achatando o disminuyendo, ante su presencia, las exigencias de su Evangelio. ¡Todo lo contrario! Zaqueo, antes de oír: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» debió tomar una valiente decisión: esto es, dar a los pobres la mitad de sus sueldos y de los bienes acumulados, reparar las extorsiones hechas en su trabajo, restituyendo cuatro veces más. Dos cosas estas para pensárselo bien, puesto que pueden pedirle al rico una valentía y un sacrificio no iguales sino más grandes de lo que sería necesario para mandarlo todo a correr y vivir sin más responsabilidades. El caso de Zaqueo aparece, así, como el espejo de una conversión evangélica, que es siempre conjuntamente una conversión para con Dios y para con los hermanos.

Del Evangelio de hoy, por lo tanto, brota una esperanza para los ricos; pero, asimismo una llamada. Pueden ser verdaderos discípulos de Jesús igualmente ellos, si lo quieren; deben, sin embargo, cambiar radicalmente la actitud y su opinión acerca de sus riquezas. No se ha dicho que la única manera para legitimar sus posesiones sea «venderlas y darlas a los pobres»; hoy, podría haber un camino mejor y, asimismo, en consonancia con el Evangelio: usar dicho dinero con un sentido de responsabilidad y de justicia social; por ejemplo, distribuyendo mejor los ingresos entre los trabajadores, si está activa la propiedad, mejorando también, a costa de sacrificios financieros, las condiciones de trabajo de la hacienda propia, contentándose con cánones de alquiler más honestos. Fuera de estas exigencias, que no son muchas, perdura el deber de contribuir, por cuanto se pueda, a obras y actividades sociales inequívocas y honestas, como son ayudar a una población necesitada a causa de catástrofes, dar una asistencia a las misiones y, sobre todo, pagar los impuestos honestamente (que permanece siempre el modo normal de compartir las propias ganancias con la comunidad).

Hay un detalle que yo quisiera subrayar en toda esta escena; es la palabra perentoria de Cristo: «¡Zaqueo, baja enseguida!» El Evangelio dice que Zaqueo se había subido sobre la higuera porque «era pequeño de estatura» y ciertamente este debe haber sido el motivo inicial. Pero, hay también otro motivo, quizás no confesado, por el que uno, en circunstancias similares, se sube a un árbol y permanece acomodado allí. Esto le permite verlo todo sin ser visto. Le permite permanecer fuera de la muchedumbre, decidir si y hasta qué punto hay que dejarse arrastrar...

Desde este punto de vista, cuántos «Zaqueos» entre nosotros y cuántas veces cada uno de nosotros se comporta como otro Zaqueo. Participamos en la misa, nos acercamos a un encuentro donde se habla de religión o a un retiro espiritual, al que hemos sido invitados; pero, estamos sólo como observadores neutrales y externos, a pesar de que se nos haya garantizado poder, al final, descender y volver a la vida de antes, sin agitaciones y crisis de conciencia. Tenemos miedo de abandonar el nivel de la curiosidad y de entrar en el del compromiso.

Entonces, también es para nosotros la invitación de Cristo: «¡Zaqueo, desciende enseguida!» Desciende de la posición peligrosa en que estás. Podría pasar otra vez por debajo de ti y que ya no levantara más la mirada... Ante la inminencia de recibirlo en la comunión, recordemos lo que Jesús añade: «Hoy tengo que alojarme en tu casa».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Cristo un corazón que perdona

Las palabras de san Lucas que nos presenta la Iglesia en este domingo, deberíamos guardarlas en nuestro interior, no tanto por lo pintoresca que pueda resultar la anécdota, cuanto por el mensaje de fondo que conlleva. Una vez más, reconocemos que el Evangelio –obra del Espíritu Santo, como autor principal– es y será en todo tiempo, como afirmaba san Pablo de la Sagrada Escritura en general, útil para enseñar, para argumentar, para corregir y para educar en la justicia, con el fin de que el hombre de Dios esté bien dispuesto, preparado para toda obra buena.

Se nos muestra Jesús, como en todo momento, interesado tan sólo en la salvación de los hombres. Aquel día no está pendiente el Señor únicamente de los que le acompañaban, o de quienes le esperasen allá donde se dirigía. Advierte la presencia de aquel hombre que, más que interés por la doctrina del Maestro, parece sentir curiosidad por su persona: lo que desea es verle por fin, atraído sin duda por los comentarios de hechos prodigiosos que circulaban sobre Él por toda Palestina. Dice el evangelista que deseaba conocer a Jesús y por lograrlo hace lo impropio de una persona de su condición, siendo hombre adinerado y de buena posición. Pero no resulta evidente que aquel impulso de subir al árbol fuera la manifestación razonable de quien admiraba con reverencia al Señor y deseaba verlo por encima de todo.

La admiración de Zaqueo por Jesús, aunque fuera muy humana, fue, sin embargo, suficiente. Le bastó a Nuestro Señor verlo encaramado en la copa, con la ilusión de poder verlo al pasar, y consideró suficiente aquella audacia para descubrir que el corazón de Zaqueo podía convertirse con un poco de estímulo. A Jesús no le importan para nada los comentarios de la gente. Baja pronto..., le dice. Zaqueo era, en efecto, un pecador: era corriente entre los publicanos que, al recaudar los tributos, se enriquecieran de modo fraudulento, y Zaqueo no sería una excepción. Sencillamente por esto el Señor lo llamó, aprovechando esa incipiente buena disposición –que manifestaba buscándole– aunque, en un principio, pudiera ser casi sólo por curiosidad. Si su presencia salvadora en el mundo era necesaria, imprescindible, se debía a que los hombres eran pecadores, necesitados de su salvación. Y esa misma presencia salvadora de Cristo no es hoy menos necesaria.

Ante la posibilidad de una mayor cercanía con Jesús, salvados ya los obstáculos de la multitud y la distancia, y el inconveniente –no pequeño– de su poca estatura, el publicano se llena de gozo, porque entiende el honor de que ha sido objeto. A él tampoco le importaba que le criticaran en su cara en aquel momento. Y con admirable desvergüenza reconoce en un instante sus fraudes y la disposición de restituir holgadamente. Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido,

declaró el Señor. No parece, sin embargo, que los judíos acabaran de entender esta lección tan sencilla durante aquellos años de Jesús en Palestina. Incluso, aún en nuestros días, tendemos a despreciar sistemáticamente a los que consideramos que actúan mal. Parece interesarnos ante todo que, por así decir, desaparezcan de nuestro entorno los malvados; que no nos importunen más; que no puedan interferir en nuestros asuntos, y que reciban –eso sí– “su merecido”.

No parece, en cambio, preocuparnos su destino: su lamentable destino de pecadores. Las disposiciones buenas de ayudar, de desvivirnos por los demás, tal vez las agotamos en quienes nos comprenden, en quienes gozan de nuestra simpatía, en los que no son tan malos como para recibir nuestro desprecio. Se diría que estamos dispuestos a vivir la caridad, sí; pero no con los que más lo necesitan. Estamos dispuestos a ayudar, pero a condición de que nos sea fácil; si considero que aquél se merece mi ayuda. Es posible que, de un modo más o menos consciente, esperemos sistemáticamente una cierta gratitud después del gesto generoso. Por fortuna para nosotros, no fue éste el criterio de Nuestro Señor con los hombres. Cada uno recibimos en rescate la Sangre de Cristo, que le costó su dolosa Pasión, y nos libra del pecado conduciéndonos a la Eterna Bienaventuranza. Y esto sin derecho alguno por otra parte. Se cumple así en todo hombre que vino a buscar lo que estaba perdido.

Contemplando a nuestra Madre del Cielo, vemos en Ella esos mismos sentimientos de Cristo Jesús, que recomendaba san Pablo a sus fieles de Filipo. Santa María consiente en el dolor de ver morir a Quien más quiere, porque espera, unida a su Hijo, la salvación incluso de los que lo han llevado al Calvario, si se arrepienten de su pecado. Entre ellos están hoy día los que, con sus pecados graves, crucifican de nuevo al Hijo de Dios y lo escarnecen, como explica el Apóstol. Pidamos a la Virgen que nos conceda un corazón que sepa amar a la medida del de Jesús.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

Zaqueo, o qué rico se salva

El episodio de Zaqueo se presta a varias lecturas; la liturgia ha indicado una bien precisa, que puso de manifiesto con la elección de la primera lectura y del Salmo responsorial. En el episodio de Zaqueo, pecador convertido, ve concretado el amor de Dios por todas sus creaturas cantado por el libro de la Sabiduría. Los hombres, los fariseos, despreciaban a Zaqueo porque estaba comprometido con el dinero y el poder y, quizás, también porque era pequeño de estatura; decían de él: ¡es un pecador! El Hijo de Dios, por el contrario, va a verlo a su casa; deja la multitud de admiradores que lo recibió en Jericó y va solamente a lo de Zaqueo; como el Buen Pastor que deja las noventa y nueve ovejas para buscar la centésima. La razón de todo esto está en la gran ternura de Dios que siente compasión por todos, que ama a todas sus creaturas y no desprecia nada de lo que ha creado, que ama la vida y que amonesta y castiga solamente para que el hombre reniegue de la maldad y crea en el Señor (1ª. lectura). Son palabras que recuerdan, y acaso comentan, el oráculo de Ezequiel: No quiero la muerte del pecador, sino más bien que se convierta y viva (cf. Ez. 33,11). San Ireneo encierra esa revelación bíblica en una frase justamente célebre: “La gloria de Dios es el hombre viviente”.

Visto de esta perspectiva, el episodio de Zaqueo aparece, como la parábola del publicano y el fariseo, fundido con la realidad. Tal vez justamente por eso, Lucas insertó el episodio en este punto de su Evangelio y señala, como conclusión, aquellas palabras de Jesús: *El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido*. Jesús vino para acoger en nombre de Dios a los rechazados del sistema político (pobres y oprimidos), a los repudiados por el sistema religioso (paganos,

publicanos, prostitutas). Quien no acepta esta acción de Dios se excluye solo de la salvación; queriendo discriminar a toda costa, es discriminado. Jesús –lo dice todo el Evangelio– actúa exactamente al estilo de Dios porque es la encarnación de Dios: Dios justificaba al publicano arrepentido en el templo y despedía al fariseo con el corazón cargado de sus pecados; Jesús lleva la salvación a la casa de Zaqueo y deja afuera murmurando a los bienpensantes orgullosos de Jericó.

Lo que hemos meditado hasta ahora es el actuar de Dios. Pero el episodio tiene dos protagonistas: Jesús y Zaqueo. También el actuar de Zaqueo, o del hombre, contiene una enseñanza esencial y tiene que ver, una vez más, con la actitud hacia la riqueza y hacia los pobres. Desde este punto de vista, para ser bien comprendido, el episodio de Zaqueo se lee sobre el fondo de los dos fragmentos que lo preceden inmediatamente en el Evangelio de Lucas: la parábola del rico sibarita y el episodio del joven rico. Con esta disposición, el evangelista pretendió dar a la Iglesia una idea exacta y completa del pensamiento de Jesús respecto de las riquezas.

La diferencia entre Zaqueo y el rico sibarita es que éste negaba al pobre hasta las migajas que caían de su mesa; el otro da la mitad de sus bienes a los pobres; uno usa sus bienes sólo para sí y para sus amigos ricos que pueden darle una retribución; el otro usa sus bienes también para los demás. La atención apunta, pues, al uso que debe hacerse de las riquezas. Las riquezas son inicuas cuando se acaparan, sustrayéndolas a los más débiles, y son usadas para el propio lujo desenfrenado; dejan de ser inicuas cuando son fruto del trabajo y se las utiliza también para los demás y para la comunidad. Así, el rico imita a Dios: de hecho, Dios es el rico por excelencia, que posee todo, pero ha dado todo para bien y alegría de sus creaturas: el aire, el sol, la lluvia, sin mirar siquiera quién es digno de ellos y quién no.

Veamos ahora el episodio de Zaqueo sobre el fondo del episodio del joven rico. Un día, se presentó ante Jesús un joven rico para preguntarle qué debía hacer para tener la vida eterna; Jesús le señaló primero la observancia de los mandamientos, y luego agregó: *Vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme* (Lc. 18,22). “Todo lo que tienes”. La diferencia entre él y Zaqueo está aquí: al primero, se le pide que dé todo a los pobres, Zaqueo en cambio es salvado y es recibido por Jesús, dando solamente la mitad a los pobres y guardando para sí la otra mitad de sus bienes. A diferencia del rico sibarita, Zaqueo da la mitad de sus bienes a los pobres; a diferencia de lo que se le pide al joven rico, mantiene la otra mitad de los bienes; en otras palabras, sigue siendo rico. El oficio que él hace (es jefe de aduanas de la rica ciudad de Jericó que tiene el monopolio de algunos productos rarísimos), le permite seguir siendo acaudalado y rico incluso después de la drástica reducción de sus haberes. Pero es aquí donde está quizás la enseñanza más importante que rectifica una falsa impresión que se puede tener de otros preceptos del Evangelio: lo que Jesús condena sin apelación no es la riqueza en sí, sino su uso inicuo. ¡Hay “salvación” también para el rico! Cuando Jesús pronunció aquellas terribles palabras: “Es más fácil para un camello...”, los discípulos, espantados, dijeron: ¿Y quién podrá salvarse, entonces? Pero Jesús replicó: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (cf. Lc. 18,27). Zaqueo es la confirmación de esto: que Dios puede realizar incluso el milagro de convertir y salvar a un rico sin reducirlo, necesariamente, al estado de pobreza. Esperanza ésta, que Jesús nunca negó y que al contrario alimentó al no dejar de frecuentar –él, pobre– también a los ricos y a los jefes militares que tuvo ocasión de conocer. Ciertamente, nunca lisonjeó a los ricos ni buscó su favor, estando entre ellos atenuando las exigencias de su Evangelio. ¡Al contrario! Antes de oír, “Hoy ha llegado la salvación a esta casa”. Zaqueo tuvo que tomar una decisión valiente: dar a los pobres la mitad de su dinero y de los bienes acumulados, reparar los abusos cometidos en su trabajo, restituyendo el cuádruple. Dos cosas que, pensándolo bien, exigen al rico, generalmente, un coraje y un sacrificio semejantes, si no más grandes, que el que haría falta para dejar todo y vivir sin más

responsabilidades. La vivencia de Zaqueo resulta así espejo de una conversión evangélica: él se convierte a Dios convirtiéndose a los hermanos.

Se confirma, también en este ámbito de la riqueza, la desconcertante originalidad y variedad de Dios: él siempre tiene de reserva soluciones distintas y nuevas para cada uno y para cada caso; somos nosotros los que esquematizamos y tendemos a dividir siempre el mundo y los hombres en blanco y negro; Dios no esquematiza sino que inventa; inventa posibilidades y modos de salvación siempre nuevos y debemos adecuarnos a su estilo, de lo contrario, somos como los fariseos.

Del Evangelio de hoy brota entonces para los ricos de nuestra comunidad —si los hay— una esperanza, pero también un llamado. También ellos, si quieren, pueden ser verdaderos discípulos de Jesús; no obstante, deben cambiar radicalmente de actitud y de opinión respecto de sus riquezas. Nadie dice que la única manera de legitimar sus posesiones sea “vender y dar a los pobres”, como en los tiempos de los apóstoles (cf. Hech. 4,34ssq.); hoy, podría ser un camino mejor e igualmente acorde con el Evangelio usar ese dinero con sentido de responsabilidad y justicia social, distribuir por ejemplo, mejor los beneficios entre los obreros, si la empresa es activa, mejorar también, a expensas de sacrificios financieros, las condiciones de trabajo en la empresa, contentarse con precios de alquileres más honestos. Fuera de estas exigencias, que no son muchas, subsiste el deber de contribuir, en la medida de lo posible, a obras y actividades sociales ciertamente honestas, como ayudar a la población damnificada y menesterosa dar sostén a las misiones y, sobre todo, pagar los impuestos honestamente (que sigue siendo el modo normal de compartir las ganancias propias con la comunidad).

Nada es imposible para Dios —como escuchamos— ni siquiera apartar el corazón del rico de sus riquezas. Esto no ocurrió con Zaqueo sino porque alguien —el hombre Jesús— lo amó, lo buscó, lo consideró digno de su amistad. También hoy, sólo recibiendo la realidad del Reino, el amor de Dios y el Espíritu Santo, puede un hombre encontrar la fuerza e incluso la alegría de extender la mano y dejar parte o la totalidad de lo que posee, porque sabe que así tendrá un tesoro en los cielos.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia del Santísimo Sacramento y de los mártires canadienses

– Cristo se hace siempre el encontradizo con todos

El fragmento del Evangelio de San Lucas, que la liturgia de hoy propone para meditar recuerda el episodio que tuvo lugar mientras Jesús estaba atravesando la ciudad de Jericó. Fue un acontecimiento tan significativo que, aunque ya lo sabemos de memoria, es preciso meditar otra vez con atención en cada uno de sus elementos. Zaqueo era no sólo un publicano (igual que lo había sido Leví, después el Apóstol Mateo), sino un “jefe de publicanos”, y era muy “rico”. Cuando Jesús pasaba cerca de su casa, Zaqueo, a toda costa, “hacía por ver a Jesús” (Lc 19,3), y para ello —por ser pequeño de estatura— ese día se subió a un árbol (el Evangelista dice a un sicómoro), “para verle” (Lc 19,4).

Cristo vio de este modo a Zaqueo y se dirigió a él con las palabras que nos hacen pensar tanto. Efectivamente, Cristo no sólo le dio a entender que le había visto (a él, jefe de publicanos, por lo tanto, hombre de una cierta posición) sobre el árbol, sino que además manifestó ante todo que quería “hospedarse en su casa” (Cf. Lc 19,5). Lo que suscitó alegría en Zaqueo y, a la vez,

murmuraciones entre aquellos a quienes evidentemente no agradan estas manifestaciones de las relaciones del Maestro de Nazaret con “los publicanos y pecadores”.

– Necesidad de querer ver a Cristo

Esta es la primera parte de la perícopa, que merece una reflexión. Sobre todo, es necesario detenerse en la afirmación de que Zaqueo “hacía por ver a Jesús” (Lc 19,3). Se trata de una frase muy importante que debemos referir a cada uno de nosotros aquí presentes. Más aún, indirectamente, a cada uno de los hombres. ¿Quiero yo “ver a Cristo”? ¿Hago todo para “poder verlo”? Este problema, después de dos mil años, es tan actual como entonces, cuando Jesús atravesaba las ciudades y los poblados de su tierra. Es el problema actual para cada uno de nosotros personalmente: ¿quiero?, ¿quiero verdaderamente? O, quizá más bien, ¿evito el encuentro con Él? ¿Prefiero no verlo o prefiero que Él no me vea (al menos a mi modo de pensar y de sentir)? Y si ya lo veo de algún modo, ¿prefiero entonces verlo de lejos, no acercándome demasiado, no poniéndome ante sus ojos para no llamar la atención demasiado..., para no tener que aceptar toda la verdad que hay en Él, que proviene de Él, de Cristo?

Esta es una dimensión del problema que encierran las palabras del Evangelio de hoy sobre Zaqueo.

En la segunda lectura de la Misa, tomadas de la Carta de San Pablo a los Tesalonicenses: Hermanos... “rogamos en todo tiempo por vosotros: que nuestro Dios os haga dignos de la vocación y lleve a término con su poder todo vuestro deseo de hacer el bien y la actividad de la fe, para que así, el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Tes 1,11-12). Es decir –hablando con el lenguaje del pasaje evangélico de hoy–, oremos para que vosotros tratéis de ver a Cristo (Cf. Lc 19,3), para que vayáis a su encuentro, como Zaqueo... y que, si sois pequeños de estatura, subáis, por este motivo, un árbol.

– El encuentro con Cristo provoca la conversión

Y Pablo continúa desarrollando su oración, pidiendo a los destinatarios de su carta que no se dejen demasiado fácilmente confundir y turbar, por supuestas inspiraciones de este mundo... (Cf. 2 Tes 2,2). ¿Por qué “inspiraciones”? Acaso sencillamente por las “inspiraciones de este mundo”. Digámoslo con lenguaje de hoy: por una oleada de secularización e indiferencia respecto a los mayores valores divinos y humanos. Después dice Pablo: “ni por palabras”. Efectivamente, no faltan hoy palabras que tienden a “confundir” o a “turbar” a los cristianos.

Zaqueo no se dejó confundir ni turbar. No se asustó de que la acogida de Cristo en la propia casa pudiera amenazar, por ejemplo, su carrera profesional o hacer difíciles algunas acciones, ligadas con su actividad de jefe de publicanos. Acogió a Cristo en su casa y dijo: “Señor doy la mitad de mis bienes a los pobres y, si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo” (Lc 19,8).

En este punto se hace evidente que no sólo Zaqueo “ha visto a Cristo”, sino que, al mismo tiempo, Cristo ha escrutado su corazón y su conciencia; lo ha radiografiado hasta el fondo. Y he aquí que se realiza lo que constituye el fruto propio de “ver” a Cristo, del encuentro con Él en la verdad plena: se realiza la apertura del corazón, se realiza la conversión. Se realiza la obra de la salvación. Lo manifiesta el mismo Cristo cuando dice: “Hoy ha venido la salud a tu casa, por cuanto éste es también hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,9-10). Y ésta es una de las expresiones más bellas del Evangelio.

Estas últimas palabras tienen una importancia particular. Descubren el universalismo de la misión salvífica de Cristo. De la misión que permanece en la Iglesia. Sin estas palabras sería difícil

comprender la enseñanza del Vaticano II y en particular sería difícil comprender la Constitución dogmática sobre la Iglesia “Lumen gentium”.

Hoy escuchamos con una emoción especial las palabras del Evangelio de San Juan: “Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,16).

Renovemos la fe y la esperanza de la vida eterna: porque “el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Hay quienes por estar excesivamente absorbidos por las cosas de este mundo, se olvidan del Dios Creador del mundo y tienden a imaginarlo como un ser lejano y ajeno a sus expectativas.

Sin embargo el episodio de Zaqueo que acabamos de escuchar demuestra que el Señor nos conoce por nuestro nombre y se interesa por cada uno. Jesús va camino de Jerusalén rodeado de una muchedumbre entre la que se encuentra Zaqueo, un jefe de publicanos y rico que, debido al gentío y su corta estatura, decide sin rubor subirse a una higuera para poder verlo pasar. No conocía a Jesús y deseaba verle, pero el Señor le vio y le llamó por su nombre, como a un viejo amigo y como tal se invitó a comer en su casa. ¡Jesús le conocía, le llamó por su nombre! ¡Jesús nos conoce, sabe nuestro nombre! ¡Ha venido a este mundo a por nosotros!

Cualquier empeño nuestro por acercarnos a Jesús es recompensado como nos dice S. Agustín: “Quien consideraba un privilegio el verle pasar tan solo, mereció tenerlo a la mesa en su casa”. Comentando este episodio, Juan Pablo II decía: “No se asusta de que la acogida de Cristo en la propia casa pudiese amenazar, por ejemplo, su carrera profesional, o hacerle difícil algunas acciones ligadas con su actividad de jefe de publicanos”, que, como recaudador de impuestos, no gozaba de la simpatía del pueblo, y menos aún de los judíos que, como pueblo elegido, veía en ello una afrenta.

No le importa a Zaqueo, un personaje de cierto rango, trepar como un chiquillo a un árbol, “el qué dirán”, “los respetos humanos”. Vivimos en una sociedad abierta y plural en la que cada uno puede expresarse libremente, silenciar nuestra condición de cristianos supone una falta de personalidad alarmante: ¿qué libertad tendría quien no se atreviera a vivir según sus creencias? Esto en lo humano ya es preocupante, pero en el plano espiritual es grave: “Todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero el que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32 y 33).

Al acoger en su casa a Jesús, la vida de Zaqueo cambió radicalmente: “Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he defraudado a alguien le devolveré cuatro veces más”. Jesús le respondió: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”.

¡Si generosa fue la determinación de Zaqueo, más espléndida fue la respuesta de Jesucristo: la Salvación! No descalifiquemos espiritualmente a nadie. A nuestro alrededor hay personas a las que un malentendido, una experiencia negativa, o una equivocada orientación de sus vidas, les ha alejado de Dios pero conservan, como Zaqueo, la nostalgia de la verdad, y si una persona amiga les trata con respeto, sin el desprecio de los hipócritas, recuperarían la confianza en Dios y en su Iglesia.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Cristiano, reconoce tu dignidad»

I. LA PALABRA DE DIOS

Sb II, 23-12,2: Te compadeces, Señor, de todos, porque amas a todos los seres

Sal 144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14: Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey

2 Ts 1, 11-2,2: Que Jesús nuestro Señor sea vuestra gloria y vosotros seáis gloria de él

Lc 19, 1-10: El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Cristo Jesús hizo siempre lo que agradaba al Padre. Vivió siempre en perfecta comunión con El. De igual modo sus discípulos son invitados a vivir bajo la mirada del Padre ``que ve en lo secreto’’ para ser “perfectos como el Padre celestial es perfecto’’» (1693).

«La referencia primera y última de esta catequesis (sobre la vida de Cristo, la vida moral) será siempre Jesucristo que es “el camino, la verdad y la vida”. Contemplándole en la fe, los fieles de Cristo pueden esperar que El realice en ellos sus promesas, y que amándolo con el amor con que Él nos ha amado realicen las obras que corresponden a su dignidad» (1698).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del reino de Dios» (S. León Magno) (1691).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La reflexión sapiencial describe la infinita misericordia y bondad de Dios Padre sobre los hombres.

Antes de llegar Jesús a Jerusalén pasó a Jericó; allí mostró una vez más su misericordia acercándose al pecador más marginado, al jefe de los recaudadores y provocando su conversión.

Comienza la lectura de la segunda carta a los Tesalonicenses que trata sobre el fin de los tiempos. Su lectura cerrará los domingos del Tiempo Ordinario.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La vida en Cristo: 1691-1696.

La respuesta:

La catequesis sobre la vida moral: 1697-1698.

C. Otras sugerencias

Hoy recapitulamos las enseñanzas morales que hemos recorrido en los domingos del Tiempo Ordinario a partir del episodio de la conversión de Zaqueo. Pues en él descubrimos:

A Cristo, imagen perfecta del amor misericordioso de Dios proclamado en la primera lectura.

Al pecador que recibe el abrazo del perdón y la llamada a la conversión.

La vocación del convertido: Ser como el Señor que le ha perdonado: compasivo y misericordioso. La vida en Cristo o vida moral tiene estos mismos principios:

Ser perfectos como el Padre celestial es perfecto.

En Cristo está el Camino, la Verdad y la vida.

El Espíritu Santo, recibido en el Bautismo, nos da la dignidad de participar de la misma naturaleza divina y vivir como El.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Zaqueo.

– Deseos de encontrar a Cristo. Poner los medios necesarios.

I. Una vez más los textos de la Misa de hoy nos vuelven a hablar de la misericordia divina. Es lógico que se repita tanto esta inefable realidad, porque la misericordia de Dios es una fuente inagotable de esperanza y porque nosotros estamos muy necesitados de la clemencia divina. Todos necesitamos que se nos recuerde muchas veces que el Señor es *clemente y misericordioso*.

En la *Primera lectura*¹, el *Libro de la Sabiduría* nos hace presente hoy esta bondad y cuidado amoroso de Dios sobre toda la creación y especialmente por el hombre: *¿cómo subsistirían las cosas si Tú no lo hubieses querido? ¿Cómo conservarían su existencia, si Tú no las hubieses llamado? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida. En todas las cosas está tu soplo incorruptible. Por eso corriges poco a poco a los que caen; a los que pecan les recuerdas su pecado, para que se conviertan y crean en Ti, Señor.*

El Evangelio² nos habla del encuentro misericordioso de Jesús con Zaqueo. El Señor pasa por Jericó, camino de Jerusalén. A la entrada de la ciudad ha tenido lugar la curación de un mendigo ciego que logró con su fe y su insistencia llegar hasta Jesús, a pesar de la multitud y de los que pretendían que callara. Ahora, dentro ya de esta ciudad importante, la multitud debía de llenar la calle por donde pasaba el Maestro. Allí se encuentra también un hombre, *que era jefe de publicanos y rico*, bien conocido por el cargo en Jericó. Los publicanos eran recaudadores de impuestos. Roma no tenía funcionarios propios para este oficio, sino que lo encargaba a determinadas personas del país respectivo. Éstas podían tener –como Zaqueo– empleados subalternos. La cantidad del impuesto la tasaba la autoridad romana; los publicanos cobraban una sobretasa, de la cual vivían. Esto se prestaba a arbitrariedades, y por esto se ganaban fácilmente la hostilidad de la población. En el caso de los judíos, se añadía la nota infamante de expoliar al pueblo elegido en favor de los gentiles³. San Lucas nos dice que *Zaqueo intentaba ver a Jesús para conocerle, pero no podía a causa de la muchedumbre, porque era pequeño de estatura*. Pero su deseo es eficaz; para conseguir su propósito se mezcla primero con la multitud y luego, dejando a un lado los respetos humanos, lo que pudieran pensar las gentes por su actitud, *adelantándose corriendo, subió a un sicomoro, para verle, porque iba a pasar por allí*. Nada le importa lo que pudieran pensar las gentes al ver a un hombre de su posición correr primero y subir después a un árbol. Es ésta una formidable lección para nosotros que, por encima de todo, queremos ver a Jesús y permanecer con Él. Pero debemos examinar hoy la

¹ Sab 11, 23-12; 2.

² Lc 19, 1-10.

³ Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, nota a Mt 5, 46.

sinceridad y el vigor de estos deseos: ¿Quiero yo *ver a Jesús*? –preguntaba el Papa Juan Pablo II al comentar este pasaje del Evangelio–, ¿hago todo lo posible para *poder verlo*? Este problema, después de dos mil años, es tan actual como entonces, cuando Jesús atravesaba las ciudades y poblados de su tierra. Y es actual para cada uno personalmente: ¿verdaderamente quiero contemplarlo, o quizá evito el encuentro con Él? ¿Prefiero no verlo o que Él no me vea? Y si ya le vislumbro de algún modo, ¿prefiero entonces *verlo de lejos*, no acercándome mucho, no poniéndome ante sus ojos para no llamar la atención demasiado..., para no tener que aceptar toda la verdad que hay en Él, que proviene de Él, de Cristo?⁴.

– **Desprendimiento y generosidad de Zaqueo.**

II. Cualquier esfuerzo que hagamos por acercarnos a Cristo es largamente recompensado. *Cuando Jesús llegó al lugar, levantando la vista, le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa. ¡Qué inmensa alegría! Él, que se contentaba con verlo desde el árbol, se encuentra con que Jesús le llama por su nombre, como a un viejo amigo, y, con la misma confianza, se invita en su casa. “Quien tenía por grande e inefable el verle pasar –comenta San Agustín–, mereció inmediatamente tenerlo en casa”⁵. El Maestro, que había leído en su corazón la sinceridad de sus deseos, no quiere dejar pasar esta ocasión. Zaqueo “descubre que es amado personalmente por Aquel que se presenta como el Mesías esperado, se siente tocado en lo más profundo de su espíritu y abre su corazón”⁶. Enseguida quiere estar cerca del Maestro: *Bajó rápido y lo recibió con gozo. Experimentó la alegría singular de todo aquel que se encuentra con Jesús.**

Zaqueo tiene al Maestro, y con Él lo tiene todo. “No se asusta de que la acogida de Cristo en la propia casa pudiese amenazar, por ejemplo, su carrera profesional, o hacerle difícil algunas acciones, ligadas con su actividad de jefe de publicanos”⁷. Por el contrario, muestra con obras la sinceridad de su nueva vida; se convierte en un discípulo más del Maestro: *Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he defraudado a alguien le devolveré cuatro veces más. ¡Va mucho más allá de lo que ordenaba la Ley de Moisés⁸ en lo referente a la restitución, y además entrega a los pobres la mitad de su fortuna! El encuentro con Cristo nos hace generosos con los demás, nos mueve enseguida a compartir lo que tenemos, mucho o poco, con quien está más necesitado. Zaqueo comprendió que para seguir a Cristo es necesario el más completo desprendimiento. **Dios mío, veo que no te aceptaré como mi Salvador, si no te reconozco al mismo tiempo como Modelo.***

–*Pues que quisiste ser pobre, dame amor a la Santa Pobreza. Mi propósito, con tu ayuda, es vivir y morir pobre, aunque tenga millones a mi disposición*⁹.

– **Jesús nos busca siempre. Esperanza en la propia vida interior y en el apostolado.**

III. Cuando Jesús entró en casa de Zaqueo, muchos comenzaron a murmurar de que se hubiese hospedado en casa de un pecador. Entonces, el Señor pronunció estas consoladoras palabras, unas de las más bellas de todo el Evangelio: *Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.* Es una llamada a la esperanza: si alguna vez el Señor permitiera que atravesáramos una mala época, una mala racha, si nos sintiéramos a oscuras y perdidos, hemos de saber que Jesús, el

⁴ Cfr. SAN JUAN PABLO II, *Homilía 2-XI-1980.*

⁵ SAN AGUSTIN, *Sermón 174, 6.*

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Homilía 5-XI-1989.*

⁷ IDEM, *Homilía 2-XI-1980.*

⁸ *Ex 21, 37 ss.*

⁹ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 46.

Buen Pastor, saldrá enseguida a buscarnos. “Elige a un jefe de publicanos: ¿quién desesperará de sí mismo cuando éste alcanza la gracia?”, comenta San Ambrosio¹⁰. Nunca se olvida de los suyos el Señor.

También nos ha de ayudar la figura de Zaqueo para no dar nunca a nadie por perdido o irrecuperable para Dios. Para los habitantes de Jericó, este jefe de publicanos estaba muy lejos de Dios. El Evangelio deja entrever que así era¹¹. Sin embargo, desde que entró en aquella ciudad, Jesús tenía los ojos puestos en él. Por encima de las apariencias, Zaqueo tenía un corazón deseoso de ver al Maestro. Y, como San Lucas muestra enseguida, tenía un alma dispuesta al arrepentimiento, a la reparación y a la generosidad. Así hay muchas gentes a nuestro alrededor, con deseos de ver a Jesús, y esperando que alguno se detenga frente a ellos, los mire con comprensión y los invite a una vida nueva.

Nunca debemos perder la esperanza, ni siquiera cuando parece que todo está perdido. La misericordia de Dios es infinita y omnipotente, y supera todos nuestros juicios. Se cuenta de una mujer muy santa un suceso especialmente significativo que dejó una huella profunda en su alma, que muestra muy gráficamente el alcance de la misericordia divina. Un pariente de esta persona puso fin a su vida arrojándose desde un puente al río. La mujer estuvo un tiempo tan desconsolada y entristecida que ni se atrevía a rezar por él. Un día le preguntó el Señor por qué no intercedía por él, como solía hacer por los demás. Esta persona se sorprendió de las palabras de Jesús, y le contestó: “Tú bien sabes que se arrojó desde el puente y acabó con su vida” ... Y el Señor le respondió: “No olvides que entre el puente y el agua estaba Yo”.

Nunca había dudado esta mujer de la misericordia divina, pero, desde aquel día, su confianza en el Señor no tuvo límites. Y rezó por aquel pariente lejano con particular intensidad y fe. Un suceso muy parecido se cuenta de la vida del Cura de Ars¹². Ambos ponen de relieve una misma realidad: siempre que pensamos en la bondad y compasión divina para con sus hijos, nos quedamos cortos.

No dudemos nosotros nunca del Señor, de su bondad y de su amor por los hombres, por muy difíciles o extremas que sean las situaciones en que nos encontremos nosotros o aquellas personas que queremos llevar hasta Jesús. Su misericordia es siempre más grande que nuestros pobres juicios.

Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Sant Quirze del Vallès, Barcelona, España)
(www.evangelinet.net)

Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa

Hoy, la narración evangélica parece como el cumplimiento de la parábola del fariseo y el publicano (cf. Lc 18,9-14). Humilde y sincero de corazón, el publicano oraba en su interior: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador» (Lc 18,13); y hoy contemplamos cómo Jesucristo perdona y rehabilita a Zaqueo, el jefe de publicanos de Jericó, un hombre rico e influyente, pero odiado y despreciado por sus vecinos, que se sentían extorsionados por él: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa» (Lc 19,5). El perdón divino lleva a Zaqueo a convertirse; he aquí una de las originalidades del Evangelio: el perdón de Dios es gratuito; no es tanto por causa

¹⁰ SAN AMBROSIO, *Comentario al Evangelio de San Lucas*, in loc.

¹¹ Cfr. vv. 7-10.

¹² F. TROCH, *El Cura de Ars*, Palabra, Madrid 1984, p. 619.

de nuestra conversión que Dios nos perdona, sino que sucede al revés: la misericordia de Dios nos mueve al agradecimiento y a dar una respuesta.

Como en aquella ocasión Jesús, en su camino a Jerusalén, pasaba por Jericó. Hoy y cada día, Jesús pasa por nuestra vida y nos llama por nuestro nombre. Zaqueo no había visto nunca a Jesús, había oído hablar de Él y sentía curiosidad por saber quién era aquel maestro tan célebre. Jesús, en cambio, sí conocía a Zaqueo y las miserias de su vida. Jesús sabía cómo se había enriquecido y cómo era odiado y marginado por sus convecinos; por eso, pasó por Jericó para sacarle de ese pozo: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

El encuentro del Maestro con el publicano cambió radicalmente la vida de este último. Después de haber oído el Evangelio, piensa en la oportunidad que Dios te brinda hoy y que tú no debes desaprovechar: Jesucristo pasa por tu vida y te llama por tu nombre, porque te ama y quiere salvarte, ¿en qué pozo estás atrapado? Así como Zaqueo subió a un árbol para ver a Jesús, sube tú ahora con Jesús al árbol de la cruz y sabrás quien es Él, conocerás la inmensidad de su amor, ya que «elige a un jefe de publicanos: ¿quién desesperará de sí mismo cuando éste alcanza la gracia?» (San Ambrosio).
